

## III.

La Edad Media es esencialmente cristiana; por consiguiente, parece imposible que se manifieste en ella la idea del progreso (1). Pero es tal el poder de esta ley que rige á la humanidad, que los hombres la obedecen á despecho de sus preocupaciones. En vano los escolásticos invocaban la palabra de su maestro, el gran doctor del Occidente; se separaban del rigor del dogma de San Agustín, aún cuando creían seguirlo fielmente. El pecado original no les impide enseñar que el progreso es una ley universal, y que hubiera regido al mundo, aún cuando no hubiera habido pecado. No ponen inconveniente alguno en aplicar el principio del desarrollo sucesivo á las ciencias y á las instituciones civiles: pero en la esfera de la fe se ven obligados á detenerse ante el dogma de la revelación. Sin embargo, siguiendo las huellas de Vicente de Lerin, introducen el progreso indirectamente; dicen que la fe es idéntica y que no cambiará nunca, pero que la inteligencia de la fe crece y aumenta en las edades sucesivas de la humanidad. En el fondo esto es una fe progresiva, puesto que una fe que comprendemos mejor que los que nos han precedido, nos descubre un aspecto de la verdad que ellos no veían, y por consiguiente, es una fe diferente de la suya, es una fe nueva.

Sería fácil probar que la escolástica ha hecho innovaciones en la fe, sin dejar de creer que su fe era idéntica con la de San Agustín. Pero este cambio se realizó sin que los pensadores cristianos tuviesen conciencia de él. Respetaban demasiado la tradición para atreverse á confesar que se alejaban en lo más mínimo de la doctrina de los santos padres. Sin embargo, hubo un hombre que tuvo esta temeridad de espíritu. Rogerio Bacon enarbó atrevidamente la bandera de la innovación: la autoridad de los antiguos no tiene peso alguno á sus ojos; por el contrario, se siente predispuesto á rechazar una opinión cuando es antigua. Rindamos un

(1) Sobre la idea del progreso en la Edad Media, véase el tomo VIII de mis *Estudios*.

tributo de admiración al pobre monje que pagó con su libertad la audaz independencia de su espíritu. Tenía realmente el instinto de la perfectibilidad infinita. «La verdad, dice, va siempre aumentando con la gracia de Dios. Es verdad que el hombre no llega nunca á la perfección, pero va siempre perfeccionándose.» Un filósofo moderno podría firmar estas palabras. Pero no tenían para Bacon el sentido lato que nosotros les atribuimos. No pensaba en el progreso religioso, mejor dicho, lo negaba; la Escritura contiene á sus ojos toda la sabiduría, es la última palabra de Dios. El monje del siglo XIII es exclusivamente un hombre de ciencia, y á la ciencia se refiere en sus esperanzas de progreso. «Los chicos de la escuela, dice, sabrán un día lo que hoy ignoran los más sabios.» Esta opinión es exacta, pero Bacon no veía, y como cristiano no podía ver, que si la ciencia va creciendo, la ciencia de Dios debe acabar también por transformarse, á ménos de decir que los monjes estúpidos que redujeron á prisión á Bacon, acusándole de brujería, tenían de Dios la misma noción que Newton y Leibnitz.

La Edad Media, que de ordinario consideramos como inmóvil, agitó muchas ideas que nos asombra encontrar en siglos cristianos. Ha habido incrédulos en aquellos tiempos de fe ciega; ha habido libres pensadores en medio de una sociedad fundada en la tradición; ha habido espíritus aventureros que no se encontraban bien entre las cadenas de un dogma inmutable. Soñaron un cristianismo nuevo al cual llamaron el *Evangelio eterno*. Era una consecuencia de las opiniones heterodoxas de Tertuliano. En la ley antigua, Dios Padre se reveló al mundo, y reveló principalmente su poder; Jesucristo reveló la sabiduría; el Espíritu Santo inaugurará la tercera edad de la humanidad en la cual ha de reinar la caridad. No insistimos en estos sueños, á los cuales se ha dado demasiada importancia; no es éste el camino del perfeccionamiento. El hombre se perfecciona por la acción, por el trabajo, y no soñando una perfección imaginaria, como era la caridad del *Evangelio eterno*, porque aquella caridad no es otra cosa que la abdicación de toda individualidad humana.

Dejemos á un lado los soñadores y volvamos á la realidad. La Edad Media es reemplazada por el Renacimiento, tiempo afortunado.

nado entre todos, puesto que los hombres tenían placer en vivir, mientras que generalmente encuentran tan pesada la vida, ó por lo ménos denigran lo presente ensalzando un pasado imaginario. ¿Por qué los literatos de los siglos xv y xvi veían todas las cosas por el prisma de la felicidad que las embellece? Es porque su época era un verdadero renacimiento, una vida nueva. Era ante todo un renacimiento científico. ¡Qué felicidad volver, después de tan larga privación, á las fuentes puras de la antigüedad! Oigamos cómo Rabelais celebra esta felicidad en su lenguaje expresivo: «Antes del renacimiento de las letras, dice Gargantua, el tiempo era tenebroso y sufría la calamidad de los Godos que habían destruido toda buena literatura. Pero la bondad divina devuelto en mis tiempos la luz á las letras, y veo tales adelantos, que hoy con dificultad sería yo admitido en las clases de primeras letras, siendo así que en mis tiempos era yo considerado, con razón, como el más sabio de aquel siglo..... Hoy veo bandidos, verdugos, aventureros, palafreneros, más doctos que los doctores y los predicadores de mi tiempo.»

Como se ve, la impresión que el renacimiento produjo en los ánimos es lo contrario de los sentimientos que la humanidad experimentaba hasta entonces, y que todavía experimenta en los días de desfallecimiento. Ya no echa de ménos el pasado, prefiere el bien presente á la barbarie que reinaba en los tiempos de su juventud. Esta predilección por lo nuevo no se limitaba á la literatura; se notaba en todas las manifestaciones del espíritu humano. Era opinión general que «las cosas nuevas valían más que las antiguas, simplemente en razón de ser más nuevas» (1). Y en efecto, había algo nuevo que rayaba en prodigio: el descubrimiento maravilloso de la imprenta, el descubrimiento igualmente milagroso de un nuevo mundo, debían inspirar los ánimos un gusto decidido por las innovaciones. A primera vista podría creerse que la afición á la antigüedad que caracteriza al renacimiento está en contradicción con esta pasión por la novedad. Pero los que critican á los literatos del siglo xvi el culto de los antiguos, se detie-

(1) Palabras de PARACELSO (BUCHER, *Introducción á la ciencia de la Historia*, I, 5).

nen en la superficie de las cosas. ¿Por qué se prendaron los hombres de Platon, de Ciceron, de Tucídides y de Tácito? Porque la antigüedad les daba á manos llenas lo que la civilización exclusivista é intolerante de la Edad Media les había negado, los goces del espíritu y del libre pensamiento. El respeto supersticioso, y hasta ridículo, á la antigüedad, no era una nueva cadena que reemplazaba á la del dogma, sino una emancipación.

Escuchemos á uno de los bellos genios del renacimiento, tan fértil en grandes talentos. Tomás Moro escribe una *Utopía*; este nombre se ha conservado para caracterizar un nuevo género de literatura. ¿Por qué la primera utopía apareció en el siglo xvi? ¿Por qué la Edad Media no ha pensado en concebir otro ideal que el ideal católico? Precisamente porque era católica y adicta á un dogma inmutable como la verdad eterna. Tomás Moro se burla de los que creen haber pronunciado un oráculo, cuando oponen á los proyectos de innovación esta objeción vulgar: «Nuestros padres han pensado y obrado así. ¡Ojalá igualásemos á la sabiduría de nuestros padres!» «¿No parece, exclama el utopista, que la sociedad va á perecer si encuentra un hombre más sabio que sus antepasados? Mantengamos las instituciones buenas que nos han transmitido; pero, cuando se propone una mejora, no nos aferremos á lo pasado para desechar el progreso.» Los ciudadanos de Utopía no son de esos moderados sistemáticos, de esos conservadores á todo trance. Su legislador quiere que cultiven *libremente* su espíritu, que desarrollen sus facultades intelectuales con el estudio de las ciencias y de las letras. *En este desarrollo completo hacen consistir la verdadera felicidad.* ¡Dios nos dé el régimen de la Utopía! No se trata ya de uno de esos sueños imposibles que se forjaban en la Edad Media bajo la inspiración de la Sagrada escritura. La ley que Tomás Moro asigna á la humanidad es la misma que Dios le ha dado. Va entrando en la conciencia general; una vez admitida como artículo de fe, regenerará á los individuos y renovará el mundo.

Admitido que el destino del hombre es desarrollar sus facultades, se deduce naturalmente la idea de un progreso siempre creciente, de una perfectibilidad que no tiene más límite que la imperfección humana. Cada generación añade algo al tesoro de cono-

cimientos y de experiencia que ha recibido de sus antepasados, y que lega á su vez á los que le han de seguir. Así se llega á concebir á la humanidad como un solo sér que va siempre perfeccionándose. Rogerio Bacon se habia elevado ya á esta elevada idea en el aislamiento de la Edad Media: en el siglo XVI volvemos á encontrarla en un médico filósofo: «Es preciso que consideres, dice Paracelso, que todos nosotros, cuanto más vivimos, más nos instruimos, y cuanto más siglos emplea Dios en nuestra instruccion, más extension da á nuestros conocimientos; cuanto más nos acercamos al juicio final, más crecemos en ciencia, en penetracion, en inteligencia, porque todos los gérmenes depositados en nuestro espíritu llegarán á su madurez; de suerte que los que lleguen los últimos serán los más instruidos en todo, y los primeros los ménos instruidos» (1). Al parecer, esta doctrina del progreso es tan completa como la del siglo XIX. Pero hay que hacer algunas reservas. Paracelso habla del juicio final: hé aquí un límite de la perfectibilidad que la filosofía no puede aceptar; esto prueba que el médico del renacimiento se hallaba todavía sujeto por los vínculos de la creencia cristiana. En efecto, cree en el pecado original y en la depravacion que produce, la cual es inconciliable con el dogma del progreso. Paracelso tiene, pues, opiniones contradictorias que recíprocamente se excluyen. Por esto no nos extraña ver que aquel partidario tan decidido de la perfectibilidad se queja en otro lugar de que las artes han perecido y de que el mundo no es más que una caverna de bandidos (2). Paracelso era alquimista, y por consiguiente entusiasta por su oficio, y debemos desconfiar de esos espíritus, poco seguros, que pasan de un extremo á otro, segun la inspiracion del momento.

Hé aquí por qué damos poca importancia á los sueños de Campanella, monje filósofo, político, poeta que pasó gran parte de su vida en los calabozos de la inquisicion. También escribió una utopia, pero es utopista en el mal sentido de la palabra, es decir, que no tiene en cuenta en sus aspiraciones las leyes de la naturaleza

(1) *Liber de inventione artium* (citado por FRANCK, PARACELSO, en las *Sesiones y trabajos de la Academia de Ciencias morales y politicas*, 1853, t. IV, p. 387).

(2) *De Sulphure* (*Opera*, t. II, p. 197).

humana; es un precursor de los socialistas y comunistas, más bien que de la filosofía del siglo XVIII. Las admirables invenciones que señalaron el principio de la era moderna le entusiasman y le hacen concebir esperanzas tan ilimitadas para el porvenir, que sus palabras parecen una profecía más bien que una deducción filosófica. «Nacerá una nueva monarquía. Las artes y las leyes sufrirán una reforma completa; habrá profetas, y regenerado de este modo el universo, la santa nacion de Cristo se verá colmada de bienes; pero será preciso derribar y desarraigar ántes de construir.... Si alguna vez ha existido la edad de oro sobre la tierra, ¿por qué no ha de volver á existir de nuevo?.... Los filósofos verán entónces aquella república perfecta, que ellos han descrito, pero que todavía no ha existido sobre la tierra.»

No, no es ésta la doctrina del progreso. Esta no cree en una edad de oro, ni en el porvenir, ni en el pasado, porque la perfectibilidad implica la imperfeccion, y no se necesita ser pensador muy profundo para deducir que un sér imperfecto por esencia no puede llegar á la perfeccion. Prescindamos de estos sueños, que no pueden dar más resultado que disgustar á los espíritus débiles del mundo real, que está y estará siempre tan distante de la edad de oro. La primera condicion para concebir la verdadera creencia del progreso es abandonar el cristianismo tradicional, porque un cristiano no puede admitir progreso en la esfera de la religion; y ¿qué sería nuestra perfectibilidad, si hubiéramos de permanecer encadenados á perpetuidad en los vínculos vergonzosos de la supersticion? En el siglo XVI habia en Italia un filósofo que gozaba de bastante mala reputacion por su fe. Pomponacio era de aquella escuela de libres pensadores que afectaban profundo respeto al cristianismo, á la par que lo arruinaban con su enseñanza. Es el primero, que sepamos, que haya formulado claramente la necesidad del progreso religioso. Si la humanidad va perfeccionándose, dice Pomponacio, ¿no es absurdo decir que la religion seguirá siendo eternamente la misma? ¿No debe seguir el progreso que se realiza á su alrededor, para estar en armonía con los sentimientos y las ideas de los hombres, cuya educacion está llamada á dirigir? Por consiguiente, no hay ninguna religion que nó tenga su período de progreso, para llegar despues á la decadencia. Pomponacio tuyo

el atrevimiento de aplicar esta ley general al cristianismo; creía que la religion cristiana habia llegado á su decadencia, porque en su seno habian cesado ya los milagros, y el filósofo italiano creía que los milagros debian acompañar siempre á la institucion de las religiones y á su dominacion (1). Todavía hay preocupaciones cristianas en el libre pensador del siglo XVI, y falta tambien algo á su doctrina del progreso religioso. La decadencia de las religiones no es más que aparente; lo que llamamos muerte es una trasformacion. En el momento mismo en que Pomponacio predecia la muerte próxima del cristianismo, la religion tradicional entraba en una época de trasformacion; la reforma fué el primer paso fuera del cristianismo inmutable; otros muchos se han dado despues. Ya las sectas avanzadas del protestantismo dan la mano á los filósofos, y bien pronto se iniciará una nueva era religiosa sin milagro alguno.

Generalmente se atribuye á un filósofo inglés la gloria de haber sido el primero en formular la doctrina del progreso. No harémos coro á los detractores de Francisco Bacon, pero nos es imposible reconocerle la gloriosa iniciativa que se le atribuye. Tiene un mérito, el de haber dado nombre á la idea. Uno de sus principales escritos se titula: *Del progreso y del adelantamiento de las ciencias divinas y humanas*. Pero la palabra *divinas* está demas, si se la entiende en el sentido de que Bacon pensase en una teología ó en una religion progresiva; el ilustre canciller era demasiado prudente para chocar con los poderes establecidos; ahora bien, la Iglesia era un poder, y en Inglaterra más que en cualquiera otra parte, puesto que estaba fundada en la ley. No se trata, pues, más que de las ciencias humanas. En este terreno Bacon enarbola resueltamente la bandera del progreso; pero ¿era nueva esta idea? Databa desde los tiempos de Aristóteles: en las tinieblas de la Edad Media, un monje que llevaba el nombre del filósofo ministro, habia dicho en sustancia lo que el pensador del siglo XVI no habia hecho más que repetir; ciertamente, el pobre monje, mártir de su audacia para rechazar toda autoridad, merece nuestro aplauso mejor que el canciller, que vino despues del renacimiento, despues de la

(1) *De Incantationibus*, analizado por MATTER, *Historia de las doctrinas morales y políticas de los tres últimos siglos*, t. I, p. 64-66.

reforma, á enseñar al mundo lo que ya sabía hacía siglos, es decir, que tenía que hacer todavía muchos progresos en todos los ramos de la ciencia.

Para que no se nos acuse de injusticia ó de ingratitud, vamos á transcribir el pasaje bien conocido en que Bacon establece el principio del progreso científico: «Otra causa que se ha opuesto á los progresos que los hombres hubieran debido hacer en las ciencias, y que, por decirlo así, los ha clavado en el mismo sitio como si estuvieran encantados, es el profundo respeto que profesan á la autoridad..... La opinion que se forman de ella, por no haber meditado suficientemente, es completamente superficial. El nombre de antigüedad debe darse á la vejez del mundo y á su edad madura. Ahora bien, la vejez del mundo es el tiempo en que vivimos y no aquel en que vivian los antiguos, que era su juventud. Ciertamente, el tiempo en que han vivido es el más antiguo con relacion á nosotros; pero con relacion al mundo, aquel tiempo era el más nuevo. Ahora bien: de la misma manera que cuando se necesita hallar en un hombre gran conocimiento de las cosas humanas y cierta madurez de juicio, se buscarán una y otro más bien en un anciano que en un jóven; por la misma razon, si nuestro siglo, conociendo mejor sus fuerzas, tuviese el valor de ponerlas á prueba y quisiera aumentarlas, ejercitándolas, podriamos esperar de él cosas más grandes que de la antigüedad, en la cual busca sus modelos, porque, teniendo el mundo más edad, la masa de las experiencias y de las observaciones ha aumentado extraordinariamente» (1). Esto está bien pensado y bien dicho; pero Rogerio Bacon habia dicho lo mismo en el siglo XIII, y lo habia dicho sacrificando su libertad á su pasion por la ciencia, al paso que Francisco Bacon no mostró aficion al martirio. Hablemos claro: el canciller que vendia la justicia era poco digno de hablar de progreso, porque él era una objecion viviente contra el progreso moral.

Un publicista frances, contemporáneo suyo, nos parece superior á Bacon. Bodin es por muchos conceptos un precursor del siglo XVIII. Una obra que se ha conservado en manuscrito y que ha sido publicada en nuestros dias, revela que era libre pensador sin

(1) *Novum Organum*, I, 84, traduccion de RIAUX.

ser incrédulo. Había hecho un profundo estudio de la historia; estaba, pues, preparado para plantear la cuestión del progreso en su verdadero terreno, el de los hechos. Bodin rechaza la antigua fábula de una perfección primitiva. «La pretendida edad de oro, dice, era una verdadera edad de hierro, puesto que, según el testimonio de todos los historiadores, en la cuna del género humano imperaba la fuerza, y sólo insensiblemente la humanidad ha ido substituyendo á la barbarie.» Bodin combate la preocupación que pretende que las cosas humanas van cada vez peor. Responde de una manera perentoria que, si así fuese, hace mucho tiempo que la humanidad hubiera perecido á fuerza de excesos y de crímenes. El historiador francés apela á los hechos. No es entusiasta de los Griegos y de los Romanos, como lo fueron Mably y Rousseau en el siglo pasado. Bodin recuerda que en la legislación tan celebrada de Licurgo se erigia el vicio en virtud, que en Roma la muerte servía de diversión al pueblo rey, y que en la remota antigüedad los sacrificios humanos manchaban todas las religiones. El enaltecimiento de lo pasado á costa de lo presente es lisa y llanamente una preocupación. ¿Por qué los ancianos celebran el tiempo pasado? Porque juzgan el presente á través de las enfermedades y de la decadencia de su edad, y aprecian el pasado con los recuerdos de la juventud (1). Cuando se escriba la historia bajo este punto de vista, será la demostración evidente de la ley del progreso que rige al mundo.

### § III.—El progreso del siglo XVII.

#### I.

Un filósofo francés ha dicho que la idea del progreso es el vínculo que une al siglo XVIII con el siglo XVII (2). El vínculo es innegable, pero se remonta á tiempos muy anteriores, como acabamos

(1) *Methodus ad facilem rerum cognitionem*, cap. VIII, p. 474-480, edición de 1672.

(2) LEROUX, *De la ley de continuidad que une á los siglos XVII y XVIII* (*Revista enciclopédica*, t. LVII, p. 465).

de demostrar. Hay más. El siglo XVII, por su genio mismo, era poco á propósito para tomar una iniciativa resuelta en la senda de la innovación. Literario ante todo, al menos en su segunda mitad, monárquico, ortodoxo, conservador, no tuvo esas ardientes aspiraciones que encontramos en el siglo XVI. Verdad es que la edad del renacimiento y de la reforma, á causa de su mismo entusiasmo, se excedió muchas veces de su propósito, lo cual equivale á extraviarse. Es, pues, un beneficio de la Providencia que á un siglo, que extremaba sus ardores y sus esperanzas, sucediese un siglo más tranquilo, más sosegado, mientras llegaba la revolución. Según esto, pocas ideas nuevas debemos esperar en el siglo XVII. El progreso religioso encuentra en él pocos representantes tan decididos como Pomponacio; el progreso social se ve contenido por el despotismo. Queda el progreso científico, literario, filosófico. En este terreno se concentra el trabajo del siglo XVII en la lenta elaboración del dogma de la perfectibilidad.

Encontraremos á Descartes en primera línea entre los filósofos modernos; pero no es libre pensador sino desde seguro. Se atiene á la filosofía pura, no piensa en tocar á la teología, y si habla de progreso, es en las ciencias naturales, cuidando no obstante de no aventurarse demasiado en el terreno de la astronomía. Hablando de sus descubrimientos en física, dice: «Me han hecho ver que es posible llegar á conocimientos que son muy útiles para la vida, y que en lugar de esa filosofía especulativa que se enseña en las escuelas, se puede encontrar una práctica, por medio de la cual, conociendo la fuerza y las acciones del fuego, del agua, del aire, de los astros, de los cielos y de todos los otros cuerpos que nos rodean, tan claramente como conocemos los diversos oficios de nuestros artesanos, podríamos emplearlos de la misma manera en todos los usos para los cuales son propios, y hacernos de este modo como señores y poseedores de la naturaleza.» Hé aquí un atrevido programa del progreso material. Descartes participa en este punto de todas las ilusiones de un teórico: cree «que sería posible evitar una infinidad de enfermedades, así del cuerpo como del espíritu, y aún tal vez también el decaimiento de la vejez, si se conocieran suficientemente sus causas y todos los remedios de que nos ha provisto la naturaleza.» Descartes ve claramente los progresos que el